

Ana Alcolea
 Montserrat del Amo Elia Barceló
 Lola Beccaria
 Martín Casariego
 Ana Isabel Conejo
 Carlo Frabetti
 Espido Freire
 Carlos Giménez
 Alfredo Gómez Cerdá
 César Mallorquí Ricardo Gómez
 Andreu Martín
 Gustavo Martín Garzo
 Gonzalo Moure
 Elena O'Callaghan i Duch
 Rosa Regàs
 Care Santos
 Marta Rivera de la Cruz
 Jordi Sierra i Fabra
 Lorenzo Silva

21 relatos contra el

acoso escolar

Idea y dirección: Fernando Marías y Silvia Pérez



relatos
contra
el
acoso

Martin Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido
Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo
Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martín
Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás
& Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra &

Collejas. Empujones furtivos. Insultos. Anónimos y amenazas. Libros y apuntes rotos. Escupitajos. Ignorar y hacer el vacío. No prestar ayuda. Difamaciones. Rumores y bulos. Llamadas obscenas. Humillaciones. Zancadillas. Silencios culpables. Mirar para otro lado... El acoso escolar tiene muchas caras. Cuidado.

Este libro es una recopilación de relatos realistas que, firmados por algunos de los escritores más importantes del panorama nacional, denuncia el acoso escolar desde distintas perspectivas.

Un libro cada día más necesario.

—
relatos
contra
el
acoso
Martín Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido
Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo
Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martín
Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás
& Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra &

PRÓLOGO

«Mientras exista la atrofia del niño por las tinieblas, los libros como este podrán no ser inútiles», escribió Víctor Hugo en el prólogo de su novela *Los miserables*.

Nos parece oportuno recuperar esta contundente sentencia para comenzar *21 cuentos contra el acoso escolar*, libro cuyo objetivo queda nítidamente expuesto desde el propio título.

Veintiún autores se enfrentan sin miedo, y de forma a veces muy poco complaciente, a las múltiples caras de este gravísimo problema que constituye hoy y ahora, en este mismo instante, una terrible forma de tortura para muchos escolares de nuestro país.

Veinte escritores de reconocido prestigio —algunos de ellos, realizando su primera incursión en el campo de la literatura juvenil— y un ilustrador —en representación breve pero significativa del mundo del cómic— reclaman nuestra mirada hacia este espejo oscuro, recordándonos que tal vez deberíamos preguntarnos:

¿Cuál es mi actitud concreta ante el acoso escolar?

Esa es la intención nítida. Si en algún caso lo conseguimos, este libro *podrá no ser inútil*.

El Abominable hombre de las letras como él mismo se autoproclama en su *blog* dejó de fumar en 1986. Pero este no es el único logro de este madrileño nacido en Barcelona en 1953. Tras una exitosa carrera como periodista, guionista de radio y creativo de publicidad, un buen día decidió dejarlo todo por su verdadera pasión: la literatura. Y, desde entonces, no ha parado de regalarnos excelentes novelas.

¡Ring ring...!

Vamos, vamos, espabilate, está sonando el despertador. Arriba, dormilón, abre los ojos y mira por la ventana; comienza un nuevo día y la mañana es espléndida. Anda, no seas holgazán y sal de la cama; piensa que hoy es el primer día del resto de toda tu vida y cualquier cosa puede suceder, pues el mundo está lleno de promesas.

Te incorporas y te sientas en la cama con los ojos todavía abotargados por el sueño; durante unos segundos sientes una punzada de angustia por haberte despertado, pero ese dolor, ese taladro sordo que te perfora por dentro, desaparece poco a poco sumido en la resignación. Un nuevo día, sí, un día en el que todo es posible. Te levantas, te duchas, te pones el uniforme del colegio, desayunas en la cocina, recoges la mochila con los libros y te despedes de mamá con un fugaz beso. *Que pases un buen día*, dice ella, sonriendo. Un buen día... como ayer, como mañana, como siempre.

Sales a la calle; la mañana es soleada pero fría, las personas que pueblan las aceras deambulan con prisa, como si todos llegaran tarde a algún sitio. Te arrebuja en el chaquetón y metes las manos en los bolsillos para protegerlas del frío, echas a andar hacia el colegio; solo está a seis manzanas de distancia, apenas diez minutos de tranquila caminata. Miras el reloj que preside la torre de una iglesia: marca las nueve menos cinco, faltan quince minutos para que empiecen las clases. Automáticamente, casi sin darte cuenta, comienzas a caminar más despacio; si llegas demasiado pronto, te encontrarás a tus compañeros en el patio, y eso no es bueno, ¿verdad?, no, no, no, nada bueno, así

relatos
contra
el
acoso

Martín Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martín Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás & Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra & que no corras, tranquilo, arrastra los pies, procura retrasar al máximo el momento de la llegada.

Las nueve en punto... Las nueve y cinco... Cruzas el viaducto que salva un desnivel entre dos calles; ya ves el colegio, ahí está, frente a ti. Conforme te acercas, un nudo se va formando en tu estómago y sientes ganas de darte la vuelta y alejarte corriendo, perderte en las calles, desaparecer, pero sabes que no puedes, sabes que cadenas invisibles te atan a tu deber, y tu deber es ir al colegio, estudiar, formarte, y aguantar, y aguantar, y aguantar, soportar lo insoportable.

Ya está, has llegado. El patio se encuentra casi desierto, buena suerte; cruzas la verja y echas a andar hacia el edificio del colegio. De pronto, escuchas a tu espalda un repique de pasos acelerados; son tres compañeros tuyos que llegan corriendo para no retrasarse. Al pasar a tu lado, uno de ellos te da un doloroso palmetazo en la nuca; los otros dos se ríen y escupen algún comentario hiriente. Bajas la mirada y sigues caminando en silencio; hoy no vas a llorar, te dices apretando los dientes, no, no llorarás. Ellos pasan de largo —el eco de su carrera reverberando en los pasillos— y tú, con la mirada fija en el suelo, subes las escaleras, cruzas el umbral y te adentras en un largo corredor jalonado de aulas. El vocerío de los chavales te llega amortiguado por los tabiques.

Entras en clase. El profesor ya ha venido y los alumnos se están sentando. Dejas el chaquetón en una percha y te diriges a tu pupitre, que se encuentra al fondo del aula, en una esquina. Cuando estás a punto de llegar, alguien te pone la zancadilla y das un traspie, pero logras no caerte. Un ramillete de risas florece a tu alrededor. Te sonrojas e intentas tragar saliva, pero tienes la boca seca. Encajas la mandíbula —hoy no vas a llorar, no— y te sientas, y sacas el libro de ciencias naturales, y lo pones sobre el pupitre, y pierdes la mirada esquivando los ojos de los demás. La clase se ini-

relatos contra el acoso
Martín Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martín Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás & Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra & cia. El profesor comienza a hablar acerca de los animales sociales.

Los lobos son una especie social y su comportamiento está en gran medida condicionado por las relaciones con otros miembros de su raza. Su forma usual de organización es la manada, un grupo más o menos amplio de ejemplares regido por una severa pauta jerárquica. Así pues, cada miembro de la manada posee un diferente grado de estatus que determina su acceso al alimento y a la reproducción. Los rangos se establecen mediante una serie de luchas y enfrentamientos rituales en los que realmente pesa más el carácter y la actitud que el tamaño o la fuerza. Cada manada tiene dos líderes claros: el macho alfa y la hembra alfa, que guían los movimientos del grupo y tienen preeminencia sobre los demás a la hora de alimentarse, procrear y criar a sus carnadas.

Por debajo de los líderes se encuentra el macho o la hembra beta, que solo muestra obediencia a los alfas, y así sucesivamente. En ocasiones, existe un rango marginal llamado omega. El lobo omega ocupa el último puesto de la manada y es el blanco de todas las agresiones sociales. Víctima del desprecio de sus congéneres, el lobo omega adopta una actitud de sumisión permanente y puede acabar abandonando el grupo para convertirse en un lobo solitario.

Las diez y cinco, acaba la clase; en medio del alboroto de los alumnos, el profesor de naturales se va, y entra el de matemáticas. Cincuenta y cinco tediosos minutos después, concluyen los números y comienza la clase de lengua. La profesora te pregunta y tú, entre titubeos, contestas erróneamente; tus compañeros se ríen. De ti. Una vez más. No importa, estás acostumbrado.

Las doce menos cinco; suena el timbre que marca el comienzo del recreo. Los alumnos abandonan en tropel el aula, pero tú lo haces despacio, sin prisa, porque sabes que nada ni nadie te espera. Sales al patio, te diriges a un rin-

relatos
contra
el
acoso

Martín Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martín Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás & Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra & cón, te sientas en el suelo, con la espalda apoyada contra un muro, y contemplas a los demás. Nadie te va a pedir que juegues al fútbol, nadie se va a acercar a ti para charlar; con suerte, ni siquiera se meterán contigo. Es el vacío absoluto, el aislamiento total. Incluso aquellos que nunca te han hecho nada se mantendrán alejados, pues hablar contigo es caer muy bajo, así que se limitarán a ignorarte.

En cierto modo, este es el peor momento del día, ¿verdad?, cuando durante el recreo ves a tus compañeros jugar y reírse. Entonces, la soledad se abate sobre ti como una losa y sientes una tristeza enorme consumiéndote por dentro, y te preguntas por qué, qué les has hecho tú para que te traten así, pero eso da igual, chico omega; puede que seas más bajo, o más gordo, o más tímido, o más torpe, no importa; lo único que cuenta es que eres distinto y eres más débil. Ese es tu pecado y ellos son el castigo.

Las doce y cuarto, termina el recreo. Las dos siguientes clases —música y plástica— transcurren sin incidentes y llega la hora de la comida. Te diriges al comedor junto con el resto de los alumnos y te sitúas al final de la cola; cuando llega tu turno, coges la bandeja con la comida y te sientas a una de las mesas, en una esquina, casi en el borde del banco corrido, lejos de los demás. Nadie te habla mientras coméis, nadie se acerca a ti, ni siquiera te miran. Hay cientos de chicos rodeándote, pero estás solo. Cuando llegas al postre, coges un poco de flan con la cuchara, te lo llevas a la boca y lo escupes al instante; alguien le ha echado sal. Escuchas unas risas, pero no miras a nadie; bebes un largo trago de agua y el sabor salado se desvanece. El amargo, no; ese se queda, siempre está ahí.

Después de comer, todo el mundo va al patio. Tú te diriges a un rincón, detrás de la cancha de baloncesto, donde nadie pueda verte, y permaneces ahí sin hacer nada, sin pensar en nada, porque pensar duele. Las tres y veinticinco; regresáis al aula y comienza la clase de ciencias sociales, y luego, a las cuatro y veinte, la última del día, inglés. A

relatos
contra
el
acoso

Martín Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martín Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás & Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra & las cinco y cuarto suena el timbre que marca el final de las clases. En medio de un alboroto de voces, los alumnos recogen sus cosas y salen a la carrera; tú, por el contrario, permaneces sentado, guardando muy despacio los libros y los cuadernos en la mochila, hasta que el aula se queda vacía, y entonces te levantas, te pones el chaquetón y sales al corredor con la mochila en las manos. Pero si querías pasar inadvertido, te has equivocado, pues cinco o seis compañeros tuyos se encuentran todavía ahí, en el pasillo; no estaban esperándote, sencillamente se habían quedado charlando, pero tú has aparecido de repente y la tentación es demasiado fuerte como para dejarla correr.

Al pasar por su lado, uno de los alumnos le da un manotazo a tu mochila y la tira al suelo. Te agachas para cogerla, pero el chico le da una patada y se la pasa a otro, como si fuera un balón, y así una y otra vez, tú corriendo de un lado a otro en medio de las risas y las burlas de los demás, y la mochila de pie en pie, de patada en patada. De pronto, uno de los golpes hace que un libro, el de ciencias naturales, caiga al suelo. Logras recuperar la mochila y te agachas para coger el libro, pero uno de los chicos le da un puntapié y el libro sale despedido por el aire, con la cubierta desprendida y varias hojas rotas. Una de ellas planea lentamente y cae a tus pies; en la hoja puede verse la foto de un lobo. De repente, te quedas sin fuerzas, vacío, demolido. Con la vista fija en la foto, dejas caer los brazos y la mochila, y luego alzas la mirada hasta encontrar los ojos de uno de los lobos, que está riéndose a carcajadas de ti, y lo contemplas sin ira, sin resentimiento, solo con infinita tristeza y con una muda pregunta titilando en tus pupilas: *¿por qué...?*

Poco a poco, la risa se congela en las fauces del lobo; su mirada vacila y la aparta de ti, se da la vuelta. *Venga, vámonos, dice; que le den a este friki*, y se aleja en dirección a la salida sin atreverse a volver la vista atrás. Todavía riéndose, los demás lobos lo siguen. Cuando desaparecen de

relatos
contra
el
acoso

Martín Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martín Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás & Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra & tu vista, te agachas y recoges los maltrechos restos del libro, y los ordenas con cuidado, como si atendieras a un enfermo, y los vuelves a meter en la mochila, y entre tanto encajas la mandíbula y aprietas los labios, porque no vas a llorar, hoy no, chico omega, no llorarás.

Te pones la mochila a la espalda, recorres el desierto pasillo con la mirada perdida y cruzas el patio; aún queda gente jugando en las pistas de deportes, o remoloneando junto a la entrada, pero nadie te mira y tú no miras a nadie. Sales a la calle y echas a andar de regreso a casa; no piensas en nada, no sientes nada. Al llegar al viaducto, sin saber por qué, te detienes, te apoyas en la barandilla y miras hacia abajo; debes de estar a unos diez metros de altura sobre la calle. El tráfico ruge a tu alrededor. Durante largos segundos, no haces nada más que contemplar el vacío que se abre ante ti, con la mente desconectada y el corazón anestesiado, pero lentamente las imágenes y los recuerdos vuelven a ti, y regresan con más fuerza que nunca la tristeza y la soledad, y te preguntas por qué no le gustas a nadie, por qué te desprecian tanto los demás; entonces piensas que puede que tengan razón, que a lo mejor eres una mierda, que quizá te mereces ese desprecio porque no vales nada. ¿No sería más sencillo acabar con todo de una vez, poner fin para siempre al dolor y la soledad? *Es fácil, piensas, bastaría con saltar por encima de la barandilla y dejarme caer...*

De repente, apartas la mirada del vacío, y las lágrimas, que hasta ahora habías logrado mantener a raya, se agolpan en tus ojos como una inundación. Y echas a correr al tiempo que lloras, y corres con todas tus fuerzas, corres, corres, corres huyendo de ti mismo, porque te das miedo; y cuando finalmente llegas al parque que está junto a tu casa, te dejas caer exhausto en un banco, ocultas el rostro entre las manos y ahí permaneces un buen rato, el punteo de los jadeos mezclándose con el susurro de los sollozos.

relatos
contra
el
acoso

Martin Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martín Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás & Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra &

Unos minutos más tarde, cuando se agota el manantial de las lágrimas, te enjugas los ojos con la manga del chaquetón, te aproximas a una fuente, te lavas la cara y das una vuelta sin rumbo fijo para que las huellas del llanto se desvanezcan, porque no quieres que tu madre te pregunte nada. Regresas a casa y besas a mamá. *¿Qué tal el día?*, dice ella, y tú respondes: *Muy bien*. Luego, aunque no tienes hambre, meriendas, y te vas a tu cuarto para estudiar, pero no puedes concentrarte. Nunca puedes concentrarte. Llega papá del trabajo y lo saludas, y poco después cenáis los tres juntos, y ves un rato la televisión, pero estás distraído y te cuesta seguir el hilo de los programas, así que te despides de tus padres, te lavas los dientes, vas a tu dormitorio, te pones el pijama, te acuestas y apagas la luz. Tardas mucho en conciliar el sueño, pero poco a poco logras ir sumiéndote en la inconsciencia. Este es el mejor momento del día, ¿verdad?, porque cuando duermes no sientes nada y quizá sueñes que no estás solo, así que cierra los ojos, chico omega, refúgiate en el sueño, pobre niño herido, porque allí los lobos no podrán atraparte.

¡Ring-ring...!

Vamos, vamos, perezoso, está sonando el despertador. Levántate, dormilón; amanece un nuevo día, un día cargado de promesas, un día luminoso donde todo puede ocurrir.

Un día más en el infierno.



Traducida a decenas de idiomas, ganadora de numerosos premios literarios nacionales e internacionales, empresaria de éxito, colaboradora habitual de distintos medios de comunicación y saludada por la crítica como una de las voces más interesante de la narrativa española, lo cierto es que Espido Freire (Bilbao, 1974) iba para cantante de ópera, disciplina artística en la que, a buen seguro, también habría cosechado enormes éxitos.

A mí nunca me compraron un perro.

Si tuviera uno, ahora me defendería.

Durante mucho tiempo fue lo único que les pedí. No quería regalos, ni la bici, que tenía que compartir con Tania, ni tampoco me interesaban los parques de atracciones, en los que me aburría. Regresábamos a casa con las mejillas quemadas por el sol y con dolor de cabeza, un globo desinflado, y algún peluche tonto de recuerdo. Tengo trece años. Hace mucho que dejaron de interesarme los peluches.

Ellos me contaban excusas cada vez más nuevas y sofisticadas. Primero intentaron convencerme de que un perro no sería feliz en nuestro piso. Necesitaban espacio, aire, luz. Entonces reduje el tamaño del perro hasta el límite, pequeño, muy pequeño. Un yorkshire, un bichón maltes. Luego me hablaron de la responsabilidad, de la esclavitud que suponían los paseos. Aguardé con paciencia hasta cumplir los diez años y a que me dieran la llave de casa, y me dejaran ir y regresar sola del colegio. Ya era responsable. Pero en ese momento, mamá se quedó callada, y dijo que Tania era alérgica a los animales. Siempre Tania.

Papá regresó de trabajar al día siguiente con una pecera en una bolsa y un pececito rojo en otra. Estaba muy contento, como iluminado por dentro, pero creo que en esta ocasión no había bebido. Cuando volcamos el pez y el agua en el globo de cristal, el pez era diminuto. No medía más que mi dedo meñique. Tania agitó el agua con una cuchara, y yo la pellizqué. Me miró, sorprendida, y yo me sentí un poco mejor cuando vi que se frotaba el brazo dolorido.

relatos
contra
el
acoso

Martín Casariego & Montserrat del Amo & Carlo Frabetti & Espido Freire & Carlos Giménez & Alfredo Gómez Cerdá & Ricardo Gómez & César Mallorquí & Andreu Martín & Gustavo Martín Garzo & Gonzalo Moure & Elena O'Callaghan i Duch & Rosa Regás & Marta Rivera de la Cruz & Care Santos & Jordi Sierra i Fabra &

Me sentí mucho mejor.

El pez no nos duró demasiado tiempo. Apareció muerto, flotando de costado, sobre las vasijas romanas de plástico que adornaban el fondo de la pecera. No llegaron a saberlo, pero eché una pizca de azúcar al agua. No me gustaba aquel pez, con sus bobos ojos atónitos. Tania se echó a llorar, y estuvo triste toda la semana, hasta que mamá retiró la pecera vacía de la cocina, y decidió que, dado el disgusto que nos causaba, no habría más peces.

A mamá nunca le han gustado los animales.

Ah, las plantas sí. En casa hay plantas en todas las habitaciones, incluso en la nuestra; las sacamos durante la noche, porque nos roban el oxígeno. Tenemos geranios con flores rojas, plantas de interior con hojas gruesas y que parecen empapadas en aceite, tanto brillan, enredaderas y potos que se columpian sobre las estanterías. El orgullo de mamá es una palmera enana que custodia el salón. Comenzó siendo de la estatura de Tania, y ahora casi roza el techo. Ah, sí, de plantas háblale todo lo que quieras. Pero a mí me niega un perrito pequeño, casi invisible, que me haría tan feliz.

A veces, por la noche, aprieto los dientes y escucho la respiración de Tania. Siento tanta cólera hacia el mundo, me pongo tan furiosa por cualquier razón que, si nadie lo supiera, si no me sorprendieran, sería capaz de hacer cosas terribles. Me miro al espejo y no me gusta lo que veo. Soy demasiado alta, demasiado grande. Estoy gorda, no tengo cintura ni pecho. Si me cortara el pelo, parecería un chico. Me parezco a papá, no a mamá: espero no parecerme en todo a él.

Me dicen que él era brillante en el colegio. La abuela tiene tendencia a exagerar, pero al parecer en esta ocasión dice la verdad. Bien, en eso no he salido a él. No soy tonta. O al menos, creo que no soy tonta, pero este año mis notas han sido tan malas como el año pasado, aunque la psicóloga creía que el cambio de colegio me sentaría bien. Esa